

La naturaleza moribunda del ser

Zazil Merari Reyna Osorno

Azor Geraldo Osornio Gualito

Pablo Andrés Reynoso Lomelín

Resumen

El ensayo La naturaleza moribunda del Ser desarrolla una problematización crítica de la teoría pulsional propuesta por Sigmund Freud, centrada en la tensión entre Eros (pulsión de vida) y Tánatos (pulsión de muerte). A partir de esta base conceptual, los autores plantean una hipótesis disruptiva: la pulsión de vida no necesariamente se orienta a la conservación como fin último, sino que podría operar como un servicio subordinado a la pulsión de muerte, prolongando la existencia con el objetivo de conducirla hacia su disolución.

En el plano metapsicológico, el texto retoma la reformulación freudiana del aparato psíquico, destacando el carácter dinámico y conflictivo de las pulsiones. En este marco, el síntoma neurótico es concebido como una formación de compromiso, es decir, una manifestación distorsionada del inconsciente que permite la descarga parcial de tensiones reprimidas. La compulsión a la repetición, el sufrimiento persistente y las conductas autodestructivas se interpretan como expresiones indirectas de Tánatos, orientadas hacia la reducción absoluta de la tensión, en concordancia con el denominado principio de nirvana. De este modo, el dolor deja de ser un fenómeno contingente para adquirir un estatuto estructural en la vida psíquica.

A nivel sociohistórico, el ensayo establece una correlación entre esta dinámica intrapsíquica y los procesos colectivos. Se argumenta que el desarrollo tecnológico y cultural de la humanidad ha estado atravesado por una tendencia recurrente hacia la destrucción, evidenciada en la instrumentalización bélica de los avances científicos. En este sentido, la violencia aparece como un elemento primario, mientras que las instituciones normativas, como la moral, la religión o el derecho, emergen posteriormente como intentos de regulación y contención. Esta perspectiva se articula con las reflexiones freudianas sobre el origen de la cultura y la función de la culpa en la constitución del lazo social.

No obstante, el ensayo reconoce la operatividad de Eros como fuerza de ligadura, sublimación y creación de sentido. La producción artística, los vínculos afectivos y las construcciones simbólicas son comprendidos como expresiones de esta pulsión, que posibilitan la transformación de los impulsos primarios en formas socialmente significativas. Sin embargo, dicha capacidad creativa no anula la dimensión destructiva, sino que coexiste con ella en una relación de interdependencia.

Palabras Clave

Pulsión de vida, pulsión de muerte, metapsicología, síntoma neurótico, compulsión a la repetición, principio de nirvana, autodestrucción, inconsciente, sublimación, cultura y violencia.

Abstract

*This essay, *The Dying Nature of Being*, offers a critical reexamination of the drive theory proposed by Sigmund Freud, focusing on the tension between Eros (life drive) and Thanatos (death drive). It advances the hypothesis that the life drive may not function as an autonomous force oriented toward preservation, but rather as a mechanism subordinated to the death drive, extending existence in order to ultimately lead it toward dissolution. From*

this perspective, life is not conceived as an end in itself, but as a process inherently directed toward its own termination.

At the metapsychological level, the essay emphasizes the dynamic and conflictual structure of the psyche. Neurotic symptoms are understood as compromise formations that allow for the partial discharge of repressed tensions. Phenomena such as repetition compulsion, persistent suffering, and self-destructive behaviors are interpreted as indirect expressions of the death drive, oriented toward the reduction of tension, in line with the so-called nirvana principle. Consequently, suffering acquires a structural, rather than incidental, status within psychic life.

On a socio-historical level, the text establishes a parallel between intrapsychic dynamics and collective processes. It argues that human development has been consistently marked by a tendency toward destruction, as evidenced by the militarization of technological advancements. Violence is thus positioned as primary, while moral, religious, and legal institutions emerge as secondary mechanisms aimed at regulating and containing it.

Although the essay acknowledges the role of Eros in fostering creation, sublimation, and social bonds, it ultimately maintains that both drives coexist in a relationship of interdependence. In conclusion, human existence is framed as a paradoxical condition in which life itself contains the conditions of its own annihilation, situating the subject within an unavoidable tension between creation and destruction.

Keywords

Life drive, death drive, metapsychology, neurotic symptom, repetition compulsion, nirvana principle, self-destruction, unconscious, sublimation, culture and violence.

Introducción

“¿Qué es mejor? ¿Nacer siendo bueno o vencer tu naturaleza malvada a través de un gran esfuerzo?” Bethesda Game Studios. (2011).

En el desarrollo de la obra freudiana se plantea que nuestra subsistencia está regida por dos fuerzas contrarias. Eros, la pulsión de vida, buscando la conservación, creación y unión; y Tánatos, la pulsión de muerte, que tiende a la destrucción y al retorno a lo inorgánico. No obstante, si echamos un vistazo detenidamente a la historia de la humanidad y la intimidad de la experiencia subjetiva, surge una pregunta realmente inquietante: ¿y si lo que llamamos “pulsión de vida” no fuera más que un mecanismo de la propia pulsión de muerte, asegurándose de que vivamos lo suficiente para desear nuestra aniquilación?

La interrogante abre un horizonte incómodo, pues sugiere que la vida no sería el fin último, sino apenas un medio al servicio de la destrucción. La aparente creatividad, el amor, la cultura y la supervivencia podrían interpretarse no como resistencias a la muerte, sino como refinadas estrategias de ésta para perpetuarse. En este sentido, según la teoría psicoanalítica, la autodestrucción dejaría de ser vista como un accidente o patología, y pasaría a considerarse la culminación lógica de nuestra condición.

Partir de esta premisa obliga a replantear no sólo la teoría freudiana, sino también la razón de nuestra existencia en el mundo: ¿somos realmente seres que luchan por preservar la vida, o simplemente seres destinados a realizar poco a poco, nuestra propia muerte? No es solo cuestionar las funciones de esta dicotomía intrapsíquica, sino llegar al verdadero origen de la misma.

¿Por qué el humano que se supone tiene esta tendencia a la vida, siempre construye más herramientas para su destrucción? Y este planteamiento aplica tanto a nivel individual como colectivo. En el primer nivel las conductas típicas de autodestrucción ya sea las directas o indirectas; y en segundo lugar las armas de destrucción masiva y sus medios.

Incluso el debate abarca no sólo la psicología, sino llega a la teleología de la vida. Sería cambiar totalmente la teoría freudiana y resignificar la fenomenología de los actos humanos, particularmente las bien conocidas necesidades básicas. ¿Cuál es el punto de buscar la permanencia en la existencia si desde siempre la no existencia resulta más satisfactoria?

Incluso para los distintos modelos psicoanalíticos resultaría más conveniente retornar al punto de partida mismo de la vida, existir y ya. Ilusión únicamente cumplida en algunos casos en un marcado límite temporal intrauterino y nunca más alcanzable sino hasta la defunción. Realmente qué es lo que buscamos satisfacer ¿la búsqueda de placer? O ¿la permanencia subjetiva en un estado inalterable alcanzado solo en la no existencia?

Encuentros entre la vida y la muerte

Si queremos desenvolver esta paradoja, necesitaremos explorar la formulación original de Freud sobre las pulsiones. En Más allá del principio del placer (1920), Freud nos mueve con la idea de que, además del principio del placer, existe algo más profundo, una fuerza que busca la autodestrucción el

sufrir y llegar a lo inorgánico: la pulsión de muerte. Se reconoce a estas dos pulsiones como una tensión que actúan entrelazándose de forma complementaria y constante.

El dinamismo psíquico no se limita a una coexistencia pasiva entre fuerzas pulsionales como Eros y Tánatos, sino que exige una transición de la visión espacial de contenidos reprimidos hacia una concepción estructural del aparato anímico. En este marco, el síntoma neurótico no es solo una vía de acceso a traumas ocultos, sino una formación de compromiso; una expresión deformada que emerge del inconsciente para estabilizar la tensión psíquica y permitir una manifestación indirecta de aquello que ha sido reprimido. A través de este, el sujeto puede acercarse, de forma parcial, a lo que permanece restringido en su vida psíquica.

Los traumas, el dolor y aquello que no aceptamos actúan como una voz interna que insiste en ser escuchada, aunque intentemos ignorarla. Tánatos nos confronta con esa parte oculta de nosotros mismos, recordándonos que todo lo reprimido en el inconsciente sigue influyendo en nuestras acciones. Al develar lo que habita en nuestro interior de forma inconsciente, se despiertan impulsos que nos llevan a actuar demandando esfuerzo y, al mismo tiempo, generando experiencias que nos impulsan a transformar y dar un nuevo sentido a nuestra vida.

El modo en el que opera este dinamismo es buscar razones por las cuales morir a través de una vida plena y satisfactoria: si mueres al final del día, ¿estarías satisfecho con tu muerte?

Explicando especialmente la pulsión de muerte y por qué surge en nosotros desde el concepto de pulsos sexuales de Freud,

pulsiones que buscan placer; se observa que, mientras que algo en nuestro inconsciente busca reprimir, no nos permite conseguirlo para finalmente sufrir por la tensión no liberada. Acciona de manera silenciosa, atemporal y repetitiva durante una existencia del neurótico, haciendo que ese mismo dolor cause un anhelo por la anulación de estas tensiones: el nirvana. Teoría construida por la analista Bárbara Low (1920): “El principio del nirvana”. Como bien señala Low en su obra:

Es posible que más profundo que el principio del placer se encuentre el principio del Nirvana, por así decirlo: el deseo de la criatura recién nacida de volver a la etapa de omnipotencia, en la que no hay deseos insatisfechos, en la que existía dentro del vientre de la madre (pág. 73).

Pero la pulsión de muerte no es un deseo suicida, es agresión proyectada hacia el exterior, y cuando no puede ser externada, se vuelve autocastigo, masoquismo, culpa extrema. En la angustia por salvar al Yo, la vivencia primaria de ser aniquilado desde dentro, provocando lo anterior mencionado agrediendo al objeto y salvar al Yo. Una repetición compulsiva hacia lo traumático, lo doloroso buscando desgaste para poder volver a la gloria, al punto cero, al nirvana. Es excitante liberarse de tensiones agotadoras, da placer destruir, dañar y humillar nuestro cuerpo, ser crueles con otros solo para no sentir. Fallando una y otra vez.

La tensión que nos mueve, que hace que suframos con las decisiones que tomamos, pero lo deseamos tan intensamente a la par de que deseamos placer erótico. En palabras de Hanna Segal (2008/1986): El instinto de muerte como el instinto de vida, busca la satisfacción y la satisfacción al instinto de muerte (a falta de muerte) está en el dolor.



Foto: Díaz Mondragón, JM. (2026). Obra sin título

Aceptando esta interacción como un campo ambivalente, cabe preguntarnos: ¿Es posible que Eros funcione, más bien, al servicio de Tánatos? Al fin y al cabo, en esta era contemporánea, tanto la política como lo interpersonal nos dispara justo en una pulsión de vida algo vacía. La extensión misma asegura esta continuidad de lucha interna y, finalmente el término de la misma.

Más que una lucha que sucede en nuestro interior, se plantea una coexistencia de las dos fuerzas con un mismo origen en el inconsciente, que nos mueve a través de la vida cotidiana. Tánatos es quien se encarga de buscar un combustible de nuestra existencia para lograr nuestro objetivo inorgánico, y Eros de conseguirlo de manera satisfactoria.

La psique es el resultado de la tensión entre Eros y Tánatos; se envuelven y desenvuelven en nuestras motivaciones, necesidades, incluso en pasatiempos, como si estas fueran

canalizadas a algo menos primitivo. En definitiva, sucede: Eros, en el ello, rige como pulso primario de vida, expresándose a través del placer, conservación y unión. Dado que el yo actúa como mediador que limita a ello, imponiendo sublimación de estos deseos, al confrontarlos con la realidad. Así, Eros se transforma en creatividad, vínculos sociales o proyectos que aseguren un futuro, amar al otro. Se manifiesta en textos, pinturas, danzas o guiones de filmes extraordinarios que nos hacen sentir lo que los autores alguna vez experimentaron, dejándonos con el deseo de sentir más, porque, sin esa capacidad, no se puede vivir.

Donde sangra memoria

Sin embargo, si queremos saber si Eros actúa contra el miedo innato de nuestra destrucción, debemos desentrañar qué nos hace querer vivir esta vida llena de tensiones, deseos incumplidos y represiones constantes.

La pulsión de vida en la humanidad y como consecuencia social, nos revela que lo colectivo se nutre de la fe en ideales comunes: en la cultura, proyectos de justicia y ciencia, y en todo lo que busca cohesión/adhesión social y sentido compartido frente a la amenaza constante de Tánatos.

Ya como lo decía Freud en sus primeras reflexiones de la religión en *Tótem y Tabú* (1913) Ésta misma emerge no de un bondadoso sentir o algún tipo de esperanza, sino de la culpa generada por la vida en una sociedad anárquica donde acontece el parricidio; es en este contexto donde el autor explica la función del tótem al señalar que:

“El animal totémico es, en realidad, el sustituto del padre; y por ello los dos mandamientos tabú del totemismo “no matar al animal totémico y no tener comercio sexual con mujeres pertenecientes a la misma clase totémica” coinciden con los dos crímenes reprimidos del complejo de Edipo.” (Freud, 1913/1979, p. 176)

A partir de aquí parece que (siguiendo la teorización freudiana) las religiones cumplen un propósito neurótico particularmente castrador en todos los sentidos. Si bien representan una génesis competente para las primitivas normas morales, no es permisible para el ojo analítico ignorar la correlación del inicio de las reglas con la muerte.

Partiendo de las prohibiciones que impone el padre, surge el complejo de Edipo, cuya respuesta natural en los hijos es la rebelión; puesto que pareciera que su estado natural no es aquella finura de la convivencia, sino más bien dejarse llevar por esos impulsos denominados incestuosos. No obstante con el parricidio surge la culpa, que conduce a idealizar al padre y sus prohibiciones, dando lugar al surgimiento de una comunidad

fraterna cuyo fin es adorar estas normas.

No está de más volver explícito lo aquí implicado: el estado natural de esta sociedad primitiva no es el orden, la unión ni alguna fantasía bonachona; es exactamente lo opuesto. Es la destrucción, el caos y, visto desde la perspectiva de la sociedad, un “suicidio progresivo”. No es hasta después del asesinato que surge el Eros como una cubierta de lucidez para tratar de solventar este conflicto. Es innegable este baile eterno de Tánatos y Eros, aunque no se trata de fuerzas iguales. Desde la herida abierta que este ensayo contempla, uno corresponde a lo innato del ser: a sus deseos, a lo que realmente busca y lo satisface; el segundo es innato a la comunidad: lo práctico para el conjunto de los seres, a lo reprimido, a lo aceptable.

Por un momento dejando de lado el complejo de Edipo, y ya con lo expuesto queda una duda en el aire ¿Todo esto concebido por Freud puede ser corroborado en la historia de la humanidad?

Definitivamente sí

Se centrará en dos partes: la primera consistiría en un análisis histórico sustentado en los avances tecnológicos bélicos de cada época, y la segunda abordaría a los autores que elaboran reflexiones en torno al arte de vivir.

A lo largo de la historia, la mayoría de las invenciones humanas han terminado siendo militarizadas. Desde las primeras herramientas hasta la pólvora, quien obtiene una ventaja tecnológica suele usarla para dominar, someter y destruir a otros. Así se repite un ciclo constante: las sociedades más fuertes imponen su voluntad y dejan salir sin freno su impulso destructivo. Freud alcanza

esta idea con su respuesta a la carta “¿Por qué la guerra?” de Albert Einstein. Cartas entre las mentes más destacadas de la época:

Los conflictos de intereses que surgen entre los hombres se resuelven pues, en principio, por la violencia. Así sucede en todo el reino animal, del que no podría excluirse al hombre. En su caso, evidentemente, a esos conflictos se suman los conflictos de ideas, que se elevan a las más altas cimas de la abstracción y cuya solución parece requerir otro tipo de técnicas. Pero esta complicación sólo aparecerá más tarde. Sigmund Freud. (1933/2012). ¿Por qué la guerra? En Sigmund Freud, Obras completas (Vol. 22). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Este patrón refleja lo que Freud pensaba sobre Tánatos: el instinto de muerte se impone primero, y solo después aparece una fuerza que intenta reparar, contener o “arrepentirse”, semejante a Eros.

La pólvora, la colonización y las guerras modernas son solo variantes de la misma lógica: primero se desata la destrucción, luego viene la diplomacia, los tratados y los discursos morales.

En resumen: mientras exista una sociedad con poder sobre otra, esta se sentirá libre de expresar su naturaleza más destructiva. Y cada vez que lo hace, surge después una reacción ética que intenta frenar ese daño... pero siempre hay alguien listo para reactivar el ciclo. Aquí la constante no es la paz, sino la lucha entre Tánatos y Eros, con ventaja inicial casi siempre para el primero.

Habiendo repasado la historia, se nos plantea una visión del ser humano donde se puede observar que los avances más grandes y que influyen al futuro, son la muerte, y no solo la de uno mismo, sino también la de otros.

Lo que persiste

La idea de acabar con la vida nos mueve tanto en esta existencia que deja atrás toda moral. En las grandes civilizaciones, siempre hay manchas de sangre, ya sea propia o ajena: reyes destruyendo ciudades para gobernarlas o naciones aniquilando de forma masiva a “enemigos”. Dependiendo de la magnitud de la amenaza, se tomarán medidas drásticas para avanzar; el ser humano, en este punto, se vuelve apático, priorizando únicamente su propia satisfacción para morir sin pena. Todo esto opera de forma inconsciente: nuestra pulsión dicta las acciones que tomaremos para seguir adelante, demostrando que, al enfrentarnos a una posición de poder, no existe límite alguno. Es orgánico destruir para, después, persistir.

La necesidad constante de otorgarle importancia en nuestra vida es lo que nos impide estar satisfechos, tenemos la necesidad de ser más de lo que somos en este momento no importa en qué posición estamos dentro de nuestra propia realidad sino que nos obliga a ver la realidad de una forma diferente, como si nuestra existencia no tuviera un sentido por sí sola y no se puede estar en una misma situación. Queremos subsistir más allá de todo esto, importarle a quien no conocemos, esta humanidad ve valía en aquellos que están dispuestos a sacrificar todo por conseguir un objetivo, la vida de uno no tiene valor cuando hay algo más grande en la muerte.

La vida, tal como se experimenta en la actualidad, no impulsa a una persona a perseguir ese placer que anhela, porque el acto mismo de vivir resulta profundamente doloroso. Al llegar a este mundo, se descubre desde la infancia que el sufrimiento es su peor enemigo; del dolor aprende que algo está mal y, a partir de esa experiencia, identifica



Foto: Pérez Pérez, GE. (2026). Obra sin título

aquello que debe evitar.

Existir se vuelve una carga pesada: cada vez que una persona despierta, su mente parece pesar más y el cuerpo lucha por expresar que ya no desea levantarse. El mundo grita y los individuos se convierten en su reflejo; su esfuerzo se desmorona frente a lo que sucede en el entorno. Algo parece tener la desdicha de impulsarlos a sufrir mientras están vivos. Buscan algo genuino durante su existencia, aun sabiendo que se trata de una fantasía que no podrá alcanzarse de manera satisfactoria. Y, pese al dolor y al cansancio, continúan luchando contra la realidad para obtener aquello que es incapaz de existir; se torturan intentando materializar una fantasía dentro de lo real.

El esfuerzo humano se reduce a nada cuando la vida muestra la insignificancia que cada individuo posee ante el paso del tiempo; la muerte se percibe más como un saludo que como una despedida. Durante gran parte de la niñez, las personas se permiten esperar cosas buenas de la vida, pero, con el tiempo, desechan esa esperanza para poder continuar; eliminan toda expectativa para evitar que su mente se fracture.

No deben hacerse ilusiones, porque no van a ocurrir: una filosofía que se adopta para poder estar “bien” consigo mismo. Es frustrante observar cómo, sin importar cuánto signifique algo para una persona, puede desvanecerse en cualquier momento, sin necesidad de que exista una intención dirigida hacia ello. Es como intentar reparar algo que inevitablemente volverá a romperse, sin importar el esfuerzo invertido.

El dolor no alcanza

Y si tanta es la crueldad, ¿por qué queremos

prevalecer nuestra vida? Aunque la vida duela, aunque la realidad sea insoportable a ratos, en cada uno de nosotros hay una pulsión de vida que empuja, que busca un mínimo de placer, de conexión, de sentido.

Es lo que nos hace seguir comiendo, soñando, amando o escribiendo incluso cuando todo parece vacío. La creación de las cosas: es una sublimación de Eros, es decir, la transformación del impulso sexual y vital en algo socialmente valioso y espiritualmente duradero. Cuando creamos, estamos canalizando nuestra pulsión de vida hacia algo que trasciende el cuerpo, algo que le da forma y sentido al caos interno.

Por eso decía: la obra de arte es la satisfacción sustitutiva del deseo reprimido (Freud, 1908/1992). Crear es una forma de sobrevivir a lo que no entendemos, una forma de convertir lo absoluto en lo subjetivo, la belleza y los deseos mundanos que anhelamos nos motivan y mueven en sociedades capitalistas, desde una microtendencia que te hace sentir satisfacción rápida sin sustancia, como también una canción hecha del sufrimiento del otro.

¿Será que la necesidad de estar con el otro nos tiene amarrados a la vida?

Los constructos sociales nos mantienen a flote, la necesidad de sentir amor verdadero y conocer a ese acompañante que dará continuidad y cuidado a tu existencia, también nos hace sentir que vale el doloroso hecho de vivir. Pero si lo que nos motiva a vivir es el sentimiento, lo sensorial, el otro, la imaginación, entonces nuestra vitalidad es imposible. Nuestra satisfacción jamás será cumplida y cuando lo tengamos en nuestras manos, lo dejaremos caer. No sentimos esa satisfacción plena porque esa es la misma

muerte.

Y sí, Schopenhauer (1819/2009) lo decía sin anestesia: la vida es sufrimiento, porque desear es carecer, y mientras deseamos, sufrimos. Pero también afirmaba que la voluntad de vivir, ese impulso ciego y profundo es siempre más fuerte que la razón que nos susurra lo absurdo de todo.

Quizás seguimos viviendo porque el dolor no alcanza a apagar del todo el deseo. Porque, incluso en medio de lo horrible, seguimos buscando una chispa: una mirada, una palabra, una canción, una creación. La belleza, aunque no salve, nos recuerda que sentir es lo que nos mantiene vivos y cuerdos .

Y al final no somos seres absolutos, no existe, ni existió ni existirá humano alguno que sea maldad, odio o Tánatos puro. Lo mismo se puede decir de la pulsión de vida. Ni el más santo y puritano es la encarnación de Eros. Tomemos como ejemplo a quien ha sido la encarnación del mal por décadas: Adolf Hitler. Jamás se imaginaría algo bueno consecuente a su ideología y es así. Lo que nos compete analizar es el supuesto de la raza aria de su nefasta corriente; puesto que esta idea buscaba unir y crear una Alemania perfecta. De forma sumamente retorcida buscaba unir y crear, algo propio de Eros, de la pulsión de vida. Y por el otro lado, observemos a quien se le podría llamar la encarnación del bien, independientemente de su significado religioso; a Jesús, cuya filosofía se basaba en unir y construir, dicen los textos competentes a sus palabras:

¿Creen ustedes que he venido para establecer la paz en la tierra? Les digo que no; más bien he venido a traer división. (Lc 12, 51)

Con esto se evidencia que, ni en los personajes que se crearían extremos o representativos de vidas sumergidas en Tánatos y Eros, pues no viven el uno sin el otro.

Vivimos como seres condenados a causar destrucción, y también somos capaces de creaciones magníficas; podemos experimentar un amor que mata, y una muerte que une.

CONCLUSIÓN

Si estas líneas le han resultado amargas, es porque han cumplido su función: recordarle que su bienestar es solo el síntoma de una ceguera necesaria. Es evidente lo natural que se nos da destruir, pero es innegable nuestra capacidad de hacer lo correcto. No somos Dios porque no estamos obligados a hacer el bien; y tampoco somos el Diablo reinando solo con crueldad. Somos humanos por naturaleza, siendo una unión de la atadura de la destrucción y la cadena llamada conciencia para hacer el bien; y en medio de esto... nuestra libertad. Es ahí donde podemos elegir entre ser dominados por estas inclinaciones, o sobreponernos a nuestras dificultades, no solo las obvias y negativas sino también las del bien absoluto.

Nosotros estamos condenados a morir, no solo a la muerte absoluta, sino a las muertes de la vida que suceden de manera espontánea dentro del mundo como la de una amistad, una relación, un ideal o un amor. Todo acaba en cierto punto y con ello una parte de ti, se quedará ahí sin moverse, sin pedir ayuda; solo se irá. Esto dará paso a otra vida, a alguien diferente, si es mejor o peor está en las manos de cada ser humano.

La teoría muestra que la humanidad es una paradoja, es decir, preservamos la vida pero

en el fondo es el mismo proceso que conduce a su disolución. Todo lo que conlleva la pulsión de vida no constituye solamente la conservación, sino que es la forma de prolongar nuestro propio final. La vida dejaría de ser un fin en sí mismo y pasaría a entenderse como un tránsito necesario hacia la descarga final de toda tensión. Así, la pulsión de muerte no aparece como accidente o falla del ser humano, sino como la culminación de una dinámica psíquica más profunda. No se niega el valor de la vida, pero el contenido de este ensayo revela su carácter inevitablemente trágico: vivir implica avanzar hacia aquello que nos destruirá.

Referencias

Bethesda Game Studios. (2011). *The Elder Scrolls V: Skyrim* [Videojuego]. Bethesda Softworks.

Biblia. (2015). *Sagrada Biblia* (Versión de la Biblioteca de Autores Cristianos). Biblioteca de Autores Cristianos. (Obra original publicada c. 60-90 d.C.).

Freud, S. (1979). *Tótem y tabú* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. 13, pp. 1-164). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1913).

Freud, S. (1992). *Más allá del principio del placer* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. 18). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1920).

Freud, S. (2012). *¿Por qué la guerra?* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. 22, pp. 179-198). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1933).

Freud, S. (1992). *El malestar en la cultura*. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu Editores.

(Obra original publicada en 1930). • Low, B. (1920). Psicoanálisis: Una breve reseña de la teoría freudiana [Psycho-analysis: A brief outline of the Freudian theory]. Allen & Unwin.

Segal, H. (2008). De la utilidad clínica del concepto de instinto de muerte (S. Bleichmar, Trad.). En A. Green (Ed.), La pulsión de muerte: Primer Simposio de la Federación Europea de Psicoanálisis (2.^a ed., pp. 35–49). Amorrortu. (Obra original publicada en 1986).

Schopenhauer, A. (2009). El mundo como voluntad y representación (R. R. Aramayo, Ed. y Trad.). Madrid: Trotta. (Obra original publicada en 1819).